

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 11 3 de enero de 2016

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (11)

El recuerdo de Cristo está en todas partes. Sobre las paredes de iglesias y escuelas, en la cima de los campanarios, tabernáculos y montes, sobre las tumbas, millones de cruces son otros tantos recordatorios de la muerte del Crucificado. La vida de Cristo llena los museos y las galerías de cuadros. Hágase lo que se haga, Cristo es un fin y un principio, un abismo de divinos misterios que separa dos porciones de la historia humana.

Jamás podrán soldarse ya Paganismo y Cristianismo. El antes de Cristo y el a partir de Cristo. Nuestra era, nuestra civilización, nuestra vida, empiezan con el nacimiento de Cristo. Podemos, sí, rebuscar y conocer lo que hubo antes de Cristo, pero no es cosa nuestra; está marcado con números distintos, cae dentro de otros sistemas, no despierta ya nuestros fervores; quizá sea bello, pero está muerto.

De César se habló en su tiempo más que de Jesús, y Platón enseñaba más ciencias que Cristo, pero ¿hay alguien que se enfervorice en favor o en contra de César? ¿Y dónde se encuentran hoy los platónicos y los antiplatónicos? Cristo, en cambio, sigue viviendo siempre en nosotros. Sigue siendo amado por muchísimos. La pasión de Cristo apasiona. Los mismos que se toman fatigas y molestias por negar su doctrina pasan su vida trayendo su nombre a la memoria. Vivimos dentro de la era cristiana, y esta sigue su curso. Hay que arrancar de Cristo para comprender nuestro mundo, nuestra vida y a nosotros mismos. Todas las épocas necesitan volver a escribir el Evangelio de Cristo.

Nunca hubo época alguna tan apartada de Cristo como la nuestra, ni que tanta necesidad haya tenido de Cristo. Pero no bastan los libros viejos para volver a encontrarlo. Ninguna vida de Jesús, aunque estuviese escrita por el más grande de los genios que han escrito libros, podría superar en belleza y perfección a los Evangelios. Todas las maravillas del ingenio y de la poesía no podrán vencer jamás la ingenua sobriedad de los cuatro primeros narradores. Y es poquísimo lo que podemos agregar a lo que ellos dijeron.

Hace falta volver a insistir en el Evangelio para ayuda de los extraviados. **Para que Cristo siga vivo siempre en la vida de los hombres, para que permanezca eternamente presente**, fuerza es recordarlo de tiempo en tiempo, no para reteñirlo con los colores del día, sino para volver a presentar su verdad eterna y su historia inmutable. Hoy, que este escritor ha llegado a la madurez de los años y de la conciencia, ha intentado escribir **la vida de un Dios que se hizo hombre**.

Este mismo escritor, en tiempos en que dejaba brida libre a su humor fantástico y voluble para que corriese por todos los caminos del absurdo, negando todo lo trascendente, para llegar al ateísmo integral y perfecto, y con ello era estúpido, porque la única posibilidad de elección que le ha sido dada al hombre es



entre Dios y la Nada, y cuando se huye de Dios no existe razón válida para someterse a los ídolos de tribu y a los demás fetiches de la razón y de la pasión. En aquella sazón de fiebre y de orgullo, el que esto escribe ofendió a Cristo como pocos le habían ofendido antes que él. Sin embargo, apenas transcurridos seis años, tras largos meses de agitado repensar, dejando de lado otro trabajo ya en curso, como atraído y apremiado por una fuerza superior a él mismo, se puso de pronto a escribir acerca de Cristo este libro que ahora le parece expiación insuficiente de aquella culpa. Le ha acontecido con frecuencia a Jesús que quienes primero le odiaban son los que con mayor ahínco le aman. El odio no es, en ocasiones, sino amor imperfecto que no tiene conciencia de sí mismo. De todos modos, es mejor aprendizaje de amor **que la indiferencia**.

Resultaría largo, y también difícil, exponer de qué manera llegó el escritor a volver a encontrar a Cristo por sí mismo, recorriendo muchos caminos, todos los cuales acaban desembocando a los pies de la Montaña del Evangelio. Pero su ejemplo, es decir, el ejemplo de un hombre que desde su niñez sintió siempre repulsión hacia todos los credos reconocidos, hacia todas las iglesias, hacia todas las formas de vasallaje espiritual, y que más tarde, con desilusiones tanto más profundas cuanto más ardientes habían sido sus entusiasmos, pasó por múltiples experiencias, las más variadas y las más nuevas que podía encontrar; el ejemplo, de ese hombre que después de tanta caída, tanto delirio y tanto pavonearse vuelve a acercarse a Cristo, quizá tenga un sentido que sobrepasa a lo particular y personal.

No ha vuelto a Cristo por efecto del cansancio, ya que, por el contrario, comienza para él un vivir más difícil y una tarea más fatigosa; no ha vuelto movido por los pavores de la senilidad, ya que puede todavía llamarse joven; no por ansias del "rumor mundano", puesto que, dado el clima de estos años, habría ganado más con ser adulador que juez. Pues bien, este hombre que ha vuelto a Cristo, lo ve traicionado y, más grave que cualquier ofensa, olvidado también por muchos. **Y ha sentido el impulso de recordarlo y de defenderlo**. No son únicamente sus enemigos los que le han abandonado y traicionado. También lo mismo se puede decir de quienes nacieron dentro de su Iglesia y hacen lo contrario de lo que él dejó mandado, y sienten mayor apego a sus imágenes pintadas que a su ejemplo vivo.

No es el Cristianismo una cosa vieja que ha sido asimilada ya en lo que tenía de bueno por la conciencia moderna; es, por el contrario, algo tan nuevo para muchísimos, que ni siquiera ha empezado. Más que libertad busca hoy el mundo paz, **y solo bajo el yugo de Cristo hay paz segura**.

Cristo viene a dar fuerza a los débiles, a elevar a los pisoteados, curar a los dolientes y despertar a los que duermen, vencer a la muerte; exhorta a los suyos a la alegría y promete a sus amigos un festín eterno de gozo. Mientras perteneció al mundo de los vivos, comía y bebía, se dejaba perfumar los pies y los cabellos, y le causaban enfado los ayunos hipócritas y las penitencias vanidosas. Muchos lo han abandonado porque jamás lo conocieron. A estos, de manera especial, desearía ayudar este libro. El libro ha sido escrito, perdónese la propaganda, por un florentino, es decir, por un hombre salido del país que, único entre todos, eligió a Cristo por Rey suyo, y el autor de esta obra se reconoce hoy mismo con orgullo, al cabo de cuatrocientos años de usurpaciones, súbdito y soldado de Cristo Rey.

(Texto tomado de "Historia de Cristo" de Giovanni Papini).